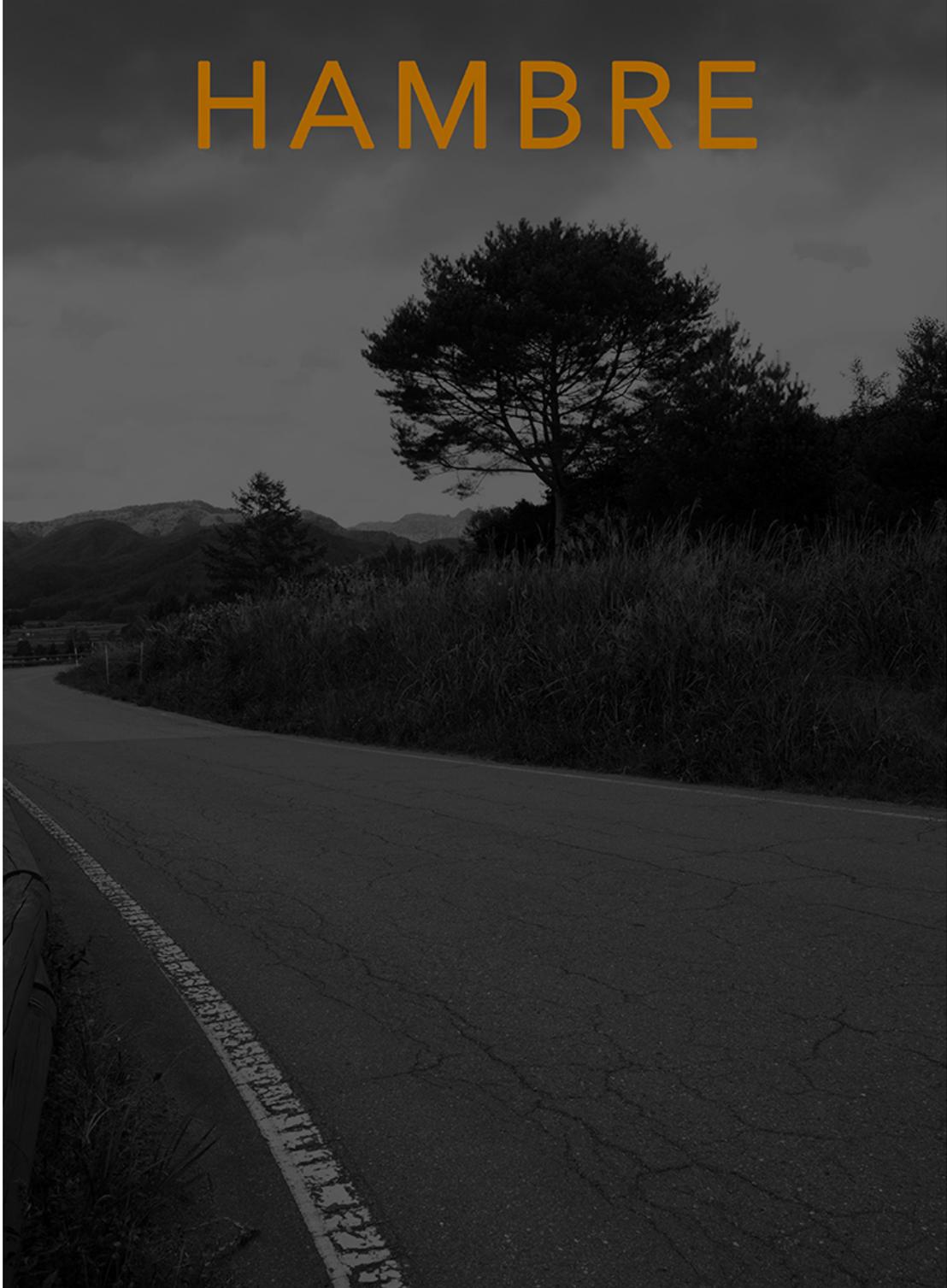


# HAMBRE

Blanca Serrano



# Capítulo 1

## **HAMBRE**

—Mamá, había gente y... ¡me han visto! ¡Mamá, me han visto!

—Sí, tranquila, ya lo sé, ya lo sé... Espera en el coche, no te muevas de aquí. ¿Me has oído? ¡Quédate aquí!

Estamos en la parte de atrás de la gasolinera. Mamá ha aparcado aquí. Me duele un poco el brazo donde me ha agarrado. Todo ha pasado muy deprisa. Mamá ha arrancado y ni siquiera había vuelto a colgar la manguera en el surtidor. Se ha quedado allí, tirada por el suelo. A mí me ha hecho pensar en la trompa de un elefante. La trompa de un elefante muerto.

Mamá ha tenido que ir a arreglar las cosas. Siempre es precavida. Esa es una palabra que le gusta mucho y que repite a menudo: PRE-CA-VI-DA. Mujer precavida vale por dos, nunca se es suficientemente precavida, son cosas que mamá dice muchas veces al día.

Me miro un momento en el espejo retrovisor. Me acuerdo de que a mamá le hace mucha gracia mirarse en los espejos, no sé por qué, y pensar en eso me hace ponerme triste porque quiero que venga ya y que vuelva a reírse y no esté enfadada conmigo.

Estoy despeinada y tengo un poco de sangre alrededor de la boca. Mamá siempre lleva pañuelos de papel en la guantera del coche. Allí, entre mapas de carretera y trapos viejos hay un paquete. Mamá ya no tiene móvil, dice que es peligroso. Cojo un pañuelo y me limpio todo lo bien que puedo. La sangre ha empezado a secarse y a enfriarse en mi piel, y la sangre fría me da asco. Un escalofrío me recorre la columna. No me molesta estar despeinada pero no soporto estar sucia.

Está oscuro, aquí no llegan las luces principales de la gasolinera. Solo hay un fluorescente que parpadea y parece a punto de fundirse. La pared está muy sucia, puedo verla cada vez que se enciende el fluorescente. Me molesta el ir y venir de la luz, pero prefiero eso a la oscuridad. Detrás del coche hay una verja medio caída y a partir de ahí ya no se ve nada. Mirar allí me da miedo, me da la sensación de que esa oscuridad podría tragarme. Tiemblo un poquito, aunque no es por el frío.

El fluorescente hace un zumbido, *bbbzzzzz bbbzzzzz*, parecen abejas enfadadas. Aquí no me van a encontrar, y si aparece alguien puedo deslizarme en el asiento del coche. Si me agacho lo suficiente no me

verán, solo tengo siete años y no abulto mucho. A no ser que se acerquen al coche y tengan una linterna y la aproximen a la ventana y me apunten directamente con ella... Trago saliva, tengo miedo y quiero que vuelva mamá. Me están entrando ganas de llorar otra vez.

Lo que ha ido a hacer mamá no está bien, pero tiene que ser precavida. Si no lo hace nos pillarán, y mamá ya me ha explicado las cosas malas que pasarán si eso ocurre. Es culpa mía, porque aún no me sé controlar, tengo que practicar. Siempre tengo hambre y no puedo pensar con claridad, pero mamá dice que si ella puede yo también. Papá no pudo controlarse y le pillaron y le hicieron cosas malas. Pero mamá es muy lista y no va a dejar que nos pase nada. Ella sabe arreglar las cosas. Ahora está arreglando las cosas. Seguro que está a punto de volver. Ya verás, voy a contar hasta diez y habrá vuelto. Uno, dos, tres...diez...por favor, mamá, por favor...

Mamá me dijo que solo iba a parar en gasolineras solitarias, que no tuvieran restaurante ni bar ni tiendas, pero nos estábamos quedando sin gasolina y tuvo que parar aquí, a pesar de que había un pequeño restaurante y había gente cenando. Yo me puse nerviosa, porque tenía mucha hambre, pero no se lo dije a mamá. Me miró suplicante y yo le dije que me quedaría en el coche, se lo prometí y una promesa hay que cumplirla. Si no hubiera tenido tanta hambre... Papá tampoco cumplió la promesa que le hizo a mamá y por eso ahora está imuerto muerto muerto!

He oído algo detrás del coche, algo que se desliza despacio. No me quiero girar, estoy muerta de miedo. Pienso que debe ser un gato, seguro que sí, estos sitios siempre están llenos de gatos. Pero tengo miedo y me encojo en el asiento. No quiero mirar. Se está acercando a la puerta del coche. ¡Que se vaya, que se vaya, que se vaya!, pienso. Gritaría y gritaría, pero no debo hacerlo.

¡Es mamá!

Está más pálida que de costumbre y tiene manchas de sangre por todas partes. Entra rápidamente en el coche. Las manos le tiemblan sobre el volante. Se da cuenta de que le estoy mirando la ropa. Fuera hace frío, la sangre de su ropa está fría, HUELE a sangre fría. Hago una mueca de asco casi sin querer. Me dan ganas de vomitar.

—Tenemos que irnos de aquí.

Está muy seria, seguro que está enfadada.

—Cuando pueda paramos y me cambio de ropa, ¿vale? Abre la ventana si

te molesta el olor.

Le hago caso y abro la ventana. Un viento helado se cuela en el coche y me hace sentir mejor. El olor se dispersa y el frío me da igual. Yo también estoy fría y mamá también. Papá también lo estaba. Me entran ganas de llorar otra vez al pensar en él. Ojalá estuviera aquí. Pienso en sus manos frías como el mármol y en lo bien que olía, a tierra y a lluvia. No quiero llorar, mamá no sabe muy bien qué hacer cuando lloro, me da pena la cara que pone cuando estoy tan triste. Me gustaría que me hablara. Intento pensar en algo que decir, pero no se me ocurre nada.

Ya hace dos meses que nos fuimos de casa. Mamá me sacó de la cama y me dijo «coge solo algo de ropa, venga, rápido.» Y yo lo hice, pero también me llevé al señor mono, porque si no, no puedo dormir, y mamá lo entendió porque no me dijo nada. Más tarde, cuando ya habíamos salido de la ciudad y estaba oscuro y solo veía lo que iluminaban los faros del coche, me dijo que papá estaba muerto. Y yo me puse a llorar y le dije que quería irme a casa, y ella me dijo que no volveríamos nunca a casa, que si no acabaríamos como papá, y eso me hizo llorar aún más fuerte.

—Escucha pequeña, tienes que confiar en mí, yo voy a cuidar de ti, pero tienes que hacer todo lo que yo te diga.

Eso me dijo y me acarició el pelo. Y yo quería hacer todo lo que ella me decía, juro que sí, lo juro por papá, pero a veces tengo mucha hambre, tanta que me empieza a pitar la cabeza y ya no puedo pensar. Y entonces sucede, y mamá grita y me agarra y me empuja dentro del coche y a mí deja de pitarme la cabeza y luego no me acuerdo de nada, pero ya no tengo hambre.

Esta noche ha sido la tercera vez que me ha pasado. Las anteriores mamá dijo que no me preocupara, que aprendería a controlarme. Pero hoy no dice nada y eso me asusta. Si me concentro mucho mucho puedo oír un poquito sus pensamientos, pero no debo hacerlo. Cuando me pilla se enfada, dice que eso no está bien, que es mi madre y que eso no se debe hacer con las madres. Pero tengo miedo porque está muy callada y quiero oír un poquito. ¿Y si ya no me quiere? Si sigo tragando saliva a lo mejor consigo no llorar.

Solo un poco y salgo, pienso.

La cabeza de mamá por dentro es diferente de otras veces. Me cuesta avanzar. Como si fuera de barro pegajoso y marrón. Normalmente puedo oír con claridad, pero ahora no. Todo es viscoso y me tapa los oídos. Mamá también está muy asustada, creo, y eso me da muchísimo miedo. Sigue mirando fijamente la carretera. Solo se ha girado hacia mí una vez, pero ha sido un instante. No quiere hablar conmigo, no sabe qué decirme. Yo tampoco sé qué decir. Estoy muy cansada, siempre me pasa después

de comer tanto. Cojo al señor mono del asiento de atrás. Lo abrazo fuerte y cierro los ojos. Aún no es de día, pero no tardo ni un minuto en quedarme dormida.

Cuando despierto, las montañas que se ven a lo lejos ya no están tan oscuras, el cielo por encima de ellas empieza a clarear y a teñirse un poco de naranja.

—Mamá, ¿dónde vamos a dormir?

La voz me sale un poco pastosa, tengo un sabor metálico en la boca. Mamá no contesta, no se gira, sigue conduciendo.

—¡Mamá! ¿Dónde vamos a dormir?

Pero ella sigue mirando fijamente la carretera. El sol empieza a alzarse por encima de las montañas. Un escalofrío me recorre la columna. «¿Es que mamá no se ha dado cuenta?»

—¡Mamaaaaaaaa!!!

—No pasa nada —dice con voz tranquila, con una voz que no parece la suya. Suelta una mano del volante, me acaricia, atrae con suavidad mi cabeza sobre su regazo.

—Todo va a ir bien pequeña, solo cierra los ojos, te quiero —añade. Y entonces me mira con dulzura y me revuelve cariñosa el pelo, y yo la abrazo y es raro porque tengo miedo pero al mismo tiempo me siento bien porque mamá me quiere y sus ojos están tranquilos y en paz.

El sol continua subiendo, dentro de poco nos alcanzará y ya no tendremos que preocuparnos de nada.